

## HERNANDO ALVARADO TEZOSOMOC

Nieto de Moctezuma, nació en la ciudad de México entre 1525 y 1530. Falleció en esa ciudad cerca de 1610.

Como descendiente de la nobleza Tenochca tuvo acceso a buenas fuentes de información. Sus obras conocidas son dos, la *Crónica Mexicana* escrita en español y la *Crónica Mexicayotl*. La primera representa el mejor testimonio, un tanto exagerado, de la historia de la capital mexicana, de Acamapichtli hasta Moctezuma II. Escrita hacia 1598, fue publicada por Kinsborough en el tomo nueve de sus *Antiquities of Mexico*. Orozco y Berra, que la reeditó en 1878, la estudió y encontró sus relaciones con el *Códice Ramírez*. Posteriormente ha sido estudiada por Mario Mariscal, para una refundición de la Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 41, México, Ediciones de la Universidad Nacional, 1943.

La *Crónica Mexicayotl*, escrita en 1609, no fue publicada sino hasta hace pocos años, gracias a la versión de Adrián León, desgraciadamente malogrado para la lingüística y la historia mexicana, quien preparó pulcrísima edición, México, Imprenta Universitaria, 1949.

La labor de este historiador ha sido estudiada por Orozco y Berra en su edición, así como por Mariscal y León. Muy útil es el trabajo de D. V. McPheeters, "An Unknown Early Seventeenth-Century Codex of the *Crónica Mexicana* of Hernando de Alvarado Tezozómoc", in *THAHR*, Vol. XXXIV, 1954, p. 506-512; y con gran maestría por Angel María Garibay en su *Historia de la Literatura Náhuatl*, 2 v. México, Editorial Porrúa, S. A., 1953-54, II-299-308.

Ver también: D. W. McPheeters, "An Unknown Early Seventeenth-Century Codex of the *Crónica Mexicana* of Hernando Alvarado Tezozomoc", *THAHR*, XXXIV, no. 4, november, 1954, p. 506-512.

Fuente: Hernando Alvarado Tezozomoc. *Crónica Mexicana*, escrita hacia el año de 1598. Notas de Manuel Orozco y Berra. México, Editorial Leyenda, S. A., 1944. 545 p., p. 517-527.

### EL ENCUENTRO CON LOS ESPAÑOLES

A pocos días vino un mazelual natural de Mictlancauh-tla, que nadie lo envió, ni principal ninguno, sino sólo su autoridad. Luego que llegó a México, se fue derecho al palacio de Moctezuma y díjole: señor y rey nuestro, perdóname mi atrevimiento: yo soy natural de Mictlancauh-tla; llegué a las orillas de la mar grande, y vide andar en medio de la mar una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llega a las orillas, y esto jamás lo hemos visto, y como guardadores que somos de las orillas de la

mar, estamos al cuidado. Dijo Moctezuma: sea norabuena, descansad y este indio que vino con esta nueva no tenía orejas, que era desorejado, tampoco tenía dedos en los pies, que los tenía cortados. Díjole Moctezuma a Petlacatl, llevad a este y ponedle en la cárcel del tablón, y mirad por él: hizo llamar a un Teuctlamacazqui y díjole: id a Cuetlaxtlan, y decidle al que guarda el pueblo que si es verdad que andan por la gran mar, no se qué, ni lo que es, que lo vayan a ver, y que qué es lo que guarda o encierra la mar del cielo, y esto sea con toda brevedad y presteza, y llevad consigo en vuestra compañía a Cuitlalpitoc: llegados a Cuetlaxtlan dijeron y contaron la embajada de Moctezuma, y estaba muy atento el Cuetlaxtecatl, llamado Pinotl, respondió: señor, descansad y vayan luego prácticos que vean y anden las orillas de la mar, y verán lo que es: fueron a registrar y volvieron a toda prisa a dar noticia al Calpixque Pinotl, diciéndole cómo era verdad, que andaban como dos torres o cerros pequeños por encima de la mar. Dijo el Teucnenenque a Pinotl: señor, quiero ir en persona a verlo y cómo son, para dar fe como testigo de vista, y estaré con esto satisfecho y haré la relación conforme lo que viere; y así fue luego con otros tres, que era el Cuitlalpitoc y otro Cuetlaxtecatl, y luego que llegaron vieron lo que andaba por la orilla del mar, y habían salido con un barco y estaban pescando siete u ocho de los del barco con anzuelos: el Teucnenenque y el Cuitlalpitoc se subieron en un árbol, que llamaban árbol blanco, muy copado, y desde allí los estaban mirando cómo cogían pescado: y habiendo acabado de pescar se volvieron otra vez a la nao con su batel o barquillo. Dijo el Teucnenenque: vamos, Cuitlalpitoc: bajáronse del árbol, y volvieron al pueblo de Cuetlaxtlan, y al instante se despidieron de Pinotl. Volviéronse con toda la brevedad posible a la gran ciudad de México Tenuchtitlan, a dar la razón de lo que habían ido a ver. Llegados a México, fuéronse derechos al palacio de Moctezuma, a quien hablaron con la reverencia y humildad debida: dijéronle: señor y rey nuestro, es verdad que han venido no sé qué gentes, y han llegado a las orillas de la gran mar, las cuales andaban pescando con cañas y otros con una red que echaban; hasta ya tarde estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro, y las gentes serían como quince personas, con unos sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde, y una color

mugrienta como nuestro ychtimatle, tan feo: otros encarnado, y en las cabezas traían puestos unos paños colorados, y eran bonetes de grana, otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños, que deben de ser guarda sol (que son sombreros) y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da: Moctezuma estaba cabizbajo, que no habló cosa ninguna.

Al cabo de gran rato habló Moctezuma y dijo: vos sois principales de mi casa y palacio; no puedo dar más fe ni crédito a otra persona más que a vos, porque me tratáis la verdad cada día: id ahora vos y el mayordomo, y traedme al que está preso en la cárcel, que vino por mensajero de la costa: idos por él a la cárcel adonde estaba entapiado: fueron, y abriendo las puertas no lo hallaron donde lo habían puesto, de que quedaron admirados y espantados: fuéronse-lo a decir a Moctezuma, de que quedó más espantado y admirado, y dijo: en fin, es de la costa natural, que casi todos son nigrománticos, pues mirad lo que os mando con pena, que si alguna cosa descubriéredes de lo que os digo, debajo de mi estrado os tengo de enterrar, y morirán vuestras mujeres e hijos, y os despojarán de todos vuestros bienes y desharán vuestras casas, hasta los postreros cimientos, hasta que salga agua de ellos, y asimismo morirán vuestros deudos y parientes; y traedme secretamente dos plateros muy buenos oficiales de obra primorosa, y dos lapidarios de los buenos gastadores de esmeraldas. Dijéronle: señor, aquí están los oficiales que mandaste traer. Dijo Moctezuma: hacedlos entrar acá: entraron y díjoles: venid acá, padres míos; habéis de saber que os envié a llamar para que hagáis cierta obra, y mirad que no lo descubráis a hijo de madre; so pena de las graves penas de tirar hasta los cimientos de casas, pérdida de bienes y muerte vuestra; de mujer, hijos y parientes, porque todos han de morir: cada uno ha de hacer dos obras, y se han de hacer delante de mí, aquí secretamente en este palacio adonde ahora estamos: hase de hacer un ahogadero o cadena de oro de a cuatro dedos cada eslabón, muy delgado, y han de llevar estas piezas y medallas; en medio unas esmeraldas ricas, y a los lados, como a manera de zarcillos, de dos en dos, y luego se harán unas muñequeras de oro y su cadena de oro colgando de él, y esto con toda la brevedad del mundo. A los otros oficiales les mandó hacerse dos amosqueadores grandes de rica plumería, y en medio una media

luna de oro, y de la otra parte el sol muy bien bruñido el oro, que relumbre de lejos, y dos brazaletes de oro, con muy rica plumería. Y a los lapidarios les mandó hacer a cada uno dos muñequeras de dos o para las dos manos y para los dos pies, de oro, en medio engastadas ricas esmeraldas. Y mandó al mayordomo Petlalcatl, que trajese luego secretamente mucho oro que estaba en cañutos, y mucha plumería rica y de la menuda, la más suprema de las aves tlauhquechol y tzinitzcan zacuan, y muchas esmeraldas y otras piedras ricas de muy gran valor: todo lo cual dieron a los oficiales, y en pocos días fue acabada toda la obra: y una mañana, luego que se levantó Moctezuma, enviaron a uno de los corcovados a rogar al rey Moctezuma que se llegase al aposento de los oficiales. Habiendo entrado, después de haberle hecho todos gran reverencia, le dijeron: señor nuestro, la obra toda está de todo punto acabada: veisla aquí, señor: parecióle muy bien todo lo hecho a Moctezuma: díjoles que estaba muy hecho y a su contento y placer: hizo llamar a Petlalcatl su real mayordomo y díjole: a cada uno de estos mis abuelos, dadles a cada uno una carga de mantas de las de a diez brazas y de a ocho, y de a cuatro, y mantas ricas, pañetes, hueipiles, naguas para mis abuelas, maíz, chile, pepita, algodón, frijol, a cada uno igualmente, y con esto se fueron muy contentos los oficiales a sus casas. Llamó a Tlilcalqui y díjole: ya está acabado lo que habéis de llevar, y habéis de partir a dar este presente a los que son ahora venidos, que entiendo que es el dios que aguardamos Quetzalcoatl, porque los viejos de Tulan tienen por muy cierto que les dejó dicho su dios Quetzalcoatl que había de volver a reinar a Tulan y en toda la comarca de este mundo, y que cuando se iba llevaba e iba dejando atrás de él los montes, ríos, los minerales de oro y piedras preciosas, que hoy las tenemos y gozamos, y pues se tiene por cierto que ha de volver éste que ahora vino debe de ser, pues dejó dicho en Tulan que de todo había cumplimiento de sus tesoros y de todo género en este mundo, y que había de volver de adonde iba al cielo a ver al otro dios, que es llamado el lugar adonde iba Tlapalan, que fue por la mar arriba, y en efecto, debe de haber vuelto a gozar lo que es suyo: pues este trono, silla y majestad suyo es, que de prestado lo tengo; como tal sutilmente iréis a Cuextlan y diréis a Pinotetl, que luego mande hacer todo género de comidas, tamales muy bien hechos, que vayan calientes, tortillas comunes y con frijoles los ta-

males, redondos como gordas varas y todo género de aves cocidas, asadas, codornices, venados en barbacoa, conejos, chile molido, quelites cocidos, de muchos géneros y frutas como plátanos, anonas, guayabas y chayotes, y si viéredes que comen de todo género de esto, verdaderamente es el que aguardamos Quetzalcoatl, y en viendo que todo esto no quieren comer, en esto conoceremos que no es él, y si quiere carne humana y os comiere, mucho de enhorabuena, que yo tomo a mi guarda, cargo y amparo vuestra casa, mujer e hijos para siempre; no dudéis de ello; y si como digo fuere, el que por estas señas le veréis, vestidle y adornadle de todas las pre-seas que llevaréis y a la postre le presentaréis las piezas acabadas de oro, pedrería y plumería; que le ruego y suplico humildemente que venga a gozar su silla y trono que le tengo en guarda, y así sutilmente luego de mañana os podéis partir, y llevaréis consigo a Cuitlalpitoc, y si allá se lo comieren, para eso fue comprado como esclavo que es: y os torno a ratificar, que si os sucediere lo contrario, ya señalo a vuestros hijos por mayordomos de dos pueblos, para que de ello coman y vistan para siempre jamás, e irán otros cuatro mexicanos mazehuales con vos, que lleven cargado lo que habéis de llevar. Otro día de mañana partieron con la brevedad posible, caminando de día y de noche. Llegados a Cuertlaxtlan hablaron con Pinotetl sobre que luego se hiciesen doce o quince cargas de todo género de comidas y guisados, con sus ollas y chiquihuites nuevos y galanos; muchas gallinas asadas y cocidas, huevos y pescado y todo género de fruta: cargáronlo a media noche: cuando vino a amanecer estaban a las orillas de la mar, con todo lo que habían llevado, y dijo a los tamemes que se volviesen todos salvo uno, y Cuitlalpiltoc; y como salió el sol estaban mirando a las naos, y los marineros dijéronle al capitán cómo tres indios daban de mano y llamaban: luego mandó el capitán echar el batel, y saltaron tres o cuatro de ellos, y a poco rato llegaron adonde ellos estaban: preguntándoles que quiénes eran y de dónde eran, los mexicanos como no entendían sino con señas que hacían, que les llevasen adonde estaba el señor de ellos, que lo querían ver y dar todo aquello: y así comenzaron a meter en la balsa todas las comidas y lo que llevaban, y embarcados llegaron a la capitana adonde estaba un estandarte real, y el Tililcalqui estuvo atento y mirando el estandarte, lo que en él estaba figurado, y en todos los navíos estaban mirando en las compuertas los españoles la gente nueva, y asomado el

capitán y Marina intérprete, una india que traían en las naos, la que dieron y presentaron al capitán Don Fernando de Cortés con otras indias en Potonchan. Díjoles la india Marina: venid acá, ¿de dónde sois naturales? Respondieron y dijeron: señora, somos de la gran ciudad de México Tenuchtitlan: díjoles ella: ¿a qué venís por acá? Dijéronla: señora e hija nuestra, a sólo ver a este señor que traéis con vos: tornó a entrar la Marina y habló con el capitán: luego tornó a asomar en la compuerta y díjoles: ¿cómo se llama vuestro rey y señor? Dijeron: señora, llámase Moctezuma: replicó ella: ¿qué dijo? ¿Para qué os envió acá? Respondieron los mexicanos y dijeron: quiere saber a dónde va, o qué viaje lleva el señor. Respondió ella: dice este dios vuestro Teutl, que solamente desea ver y visitar al rey Moctezuma, dijeron ellos: decidle, hija y señora, que solamente le queremos ver y dar este pequeñito presente, y que su silla y trono en que yo estoy es suyo, que lo tengo en tenencia y posesión; y luego desde allí le dieron los presentes de oro, plata, joyas y plumería, que llevaban para él; luego que fue recibido del capitán, fueron miradas de todos los españoles que con él venían, y lo tomaban de mano en mano, del uno al otro; luego dijeron los mexicanos: señora e hija, también traemos esta comida fresca para él y bebidas de muy buen cacao que beba el dios. Díjoles ella: dice el dios que la comida la comerá, si primero coméis vosotros de todo y de cada cosa, para que lo vea: entonces los mexicanos comenzaron a comer y beber muy a su placer, de todo género de comidas y bebidas; y a estos estaban mirando todos los españoles cómo los tres naturales comían de todo género de comidas, bebidas y frutas; y luego tras ellos comieron luego todos los españoles, y les supo muy mucho, de ver comida fresca que tanto gusto les diese; al cabo y a la postre, les dijo: decidles a estos nuestros hijos y hermanos, que en recompensa de este regalo ¿que qué les daré o enviaré? Que coman esta comida de camino. Y les dieron a dos semitas algo añejas: luego les dijo la Marina, ¿qué les daré que beban, pues no tengo otro refrigerio si no es un poco de vino con que me consuelo? Y así les dio vino, y bebieron que se embriagaron. Dijéronle a la señora que se querían volver con respuesta a su rey y señor Moctezuma: preguntó Marina que cómo se llamaba el mensajero. Díjole: llámome Tlilancalqui: y díjoles que todos le besaban las manos a Moctezuma; que ellos volverían dentro de ocho días, que le iría a ver.

Con esta resolución los tornaron a embarcar, y salieron al puerto de la Veracruz, estando el capitán Don Fernando de Cortés en San Juan de Ulúa. Salidos los mensajeros, tomaron el camino en la mano. Llegados ante Moctezuma, le hicieron su reverencia, y cuéntanle letra por letra todo lo que había pasado y cómo habían visto la manera de tiros y humareda de la pólvora, el resonido que daban las piezas gruesas, la manera de las armas, celadas, cotas, espadas, dagas, adargas, caballos, lebreles grandes, temerosos al parecer. Acabada esta plática, le pusieron los sartales de cristalinas cuentas azules. Entendido Moctezuma eran a la manera de las cuentas de esmeraldas y diamantes, y pusiéronle una camisa de ruan y unos calzones y alpargates, un sombrero, y de la manera de traer las espadas y dagas se la pusieron con su talabarte. Al cabo le dieron una cajeta de conserva y una botella de vino y bizcocho blanco, y dijo Moctezuma ¿que qué sabor tenía aquello? Comieron de ello los mensajeros, y luego con una jícara pequeña bebieron unos tragos de vino; y así el Moctezuma comió y bebió de ello, y quedó Moctezuma admirado de ver la lengua de Marina hablar en castellano y cortar la lengua, según que informaron los mensajeros al rey Moctezuma; de que quedó bien admirado y espantado Moctezuma se puso cabizbajo a pensar y considerar lo que los mensajeros le dijeron: y de allí a tres días vinieron los de Cuertlaxtlan a decir cómo el capitán Don Fernando de Cortés y su gente se volvieron en sus naos en busca de otras dos naos que faltaban cuando partieron de Cintla y Potonchan, adonde le dieron al capitán las ocho mozas esclavas, y entre ellas la Marina. Considerando Moctezuma los sartales de la cristalina, y abalorios y las demás cosas dijo: verdaderamente me ha hecho mucha merced el dios Quetzalcoatl, el que estaba y residió con nosotros en Tula, y creo verdaderamente ser el Ce acatl ynacxítl, el dios de la una caña caminador. Visto las semitas que le dieron al Tlilancalqui y a Cuítlalpitoc, llamó al mayordomo Petlalcalcatl que luego trajese un pedazo de canto que llamaban tepetlatl, como en algunos caminos hay suelo empedernido: traídolo, lo comparó a ello; llamó a todos sus corcovados y enanos y esclavos Xolomé, y díjoles: comed de esto, y mirad lo que os parece de ello, qué sabor tiene: como lo comieron, dijeron: señor, dulce es, tiene buen sabor, excepto que está duro. Entonces Moctezuma partió y comió de ello y dijo: es verdad que es dulce y sabroso: dijo: esta comida no es del infierno que parece ahumado, bien será,

que pues esto es el premio de la venida de Tula, que se lo presentemos al Tetzahuitl Huitzilopochtli: y así lo pusieron en una jícara nueva azul y lo taparon con una toalla muy delgada: lleváronlo al gran Cú del diablo y lo pusieron en el agujero de la piedra redonda de la gran batea Cuauhxicalli, y los sacerdotes del templo lo comenzaron a sahumar. Acabado esto, le llevaron al pueblo de Tulan y lo pusieron en un cofre de piedra labrada que llamaban Toptanaco, envuelto en unas muy ricas mantas: dado a los sacerdotes del templo de Tulan, dijéronles: tomad y enterrad esto en el templo que era de Quetzalcoatl; y allí lo enterraron y comenzaron a sahumarlo, y degollar codornices y rociarlo con la sangre de ellas, y comenzaron a tocar las bocinas de caracoles. Cumplido esto llamó a Tlilancalqui y a Cuitlalpitoc y díjole Moctezuma: en verdad que tenía por cierto que estos dioses os habían comido, pero pues no fue así, tampoco comerían de nuestras comidas, habránlas olvidado, que ha más de trescientos años que se fue Quetzalcoatl al cielo y al infierno: ahora, Tlilancalqui, descansad, que en fin soy rey y señor; yo daré de comer y vestir a vuestra mujer e hijos, y en el inter buscaremos la raíz y origen de dónde vinieron estos dioses; y luego aquel día llamó a Petlascalatl mayordomo mayor, y llevaron a la casa de Tlilancalqui entero el tributo del pueblo de Tuchpan, y de Tziuhcoacatl, y de Itzcuincuitlapilco, Tuchtepec y Oztoman. De manera que quedó Tlilancalqui rico de mucha ropa rica, plumería, oro, piedras ricas, cacao y muchos mantenimientos de maíz, frijol, pepita, chian, algodón en fardos, pilones de sal blanca, fardos de chile, esclavas y esclavos, y díjole: señor, este tributo os da, y os haga buen provecho con ello, que para siempre jamás serán vuestros los pueblos, y también os hace donación de una su casa que está en el barrio de Tozanitlan, otra llamada Moyotlan y luego fue avisado el rey de cómo el mayordomo le había dado y entregado las casas a Tlilancalqui. Otro día llamó Moctezuma y díjole: venid acá, Tlilancalqui, ¿cómo tendremos nueva cierta de estos dioses, de qué parte y lugar vinieron? Hacedme traer luego el afamado pintor Tocual, para que saque y dibuje de la manera que visteis estas gentes de los dioses, navíos, armas, artillería, caballos, lebreles, y la manera de su asiento, comida, mesa, policía, y de la manera que os fuere diciendo el Tlilancalqui; muy al natural, sin exceder punto, y mirad que no lo digáis a persona del mundo, so pena de muerte a vos y a vuestra mujer e hijos,



y vuestra casa será destruida hasta los cimientos; y por lo consiguiente morirán también vuestros parientes. Comenzó luego el pintor a pintar de la manera que Tlilancalqui vido al capitán, soldados, marineros, sus trajes y vestidos de muchos colores, los rostros blancos, barba larga y algunos con coleta, a lo antiguo, y sombreros grandes en las cabezas, que les llamaban Cuaapaz; acabado de pintar llevólo a Moctezuma, que quedó bien admirado y espantado, en especial del gran humo que salía de los tiros gruesos de campo y arcabuces, y de la manera de los arcabuces, ballestas y lanzas preguntóle Moctezuma al pintor como era viejo, díjole: venid acá, ¿qué dijeron los antiguos nuestros padres? ¿Dejaron declarado algo de estas cosas, los que habían de venir a señorear esta tierra y mundo conforme ahora habéis pintado? Venid acá: vos decís que no alcanzáis a entender nada de lo que os pregunto, pues preguntádselo a todos los pintores vuestros amigos y a otros viejos, porque ahora son cuatro generaciones de los que somos, que van muriendo y multiplicando, que es de cien a cien años, y la pena que tengo es que quisiera saber y entender qué gentes han de venir a señorear estas nuestras tierras. Y como no hubiese uno ni ninguno que tal supiese ni declarase, fue con esta respuesta al rey Moctezuma, el cual dijo: pues yo quiero enviar a saberlo a los pueblos de Malinalco y otros muchos pueblos de Chalco y tierra caliente. Venidos los mensajeros de muchas partes y lugares, y venidos los viejos que fueron a traer la razón, hízoles nueva interrogación para que dijesen lo que él tenía tan deseado saber. Después de haber dado su satisfacción de no saber ni entender cosa de lo que los antiguos habían dicho, salvo que algunos antiguos les dejaron profetizado que los que habían de venir a reinar y poblar estas tierras, que habían de ser llamados Tezocuilycxique, y por otro nombre Centeycxique, que son aquellos que están en los desiertos de Arabia, que el alto sol enciende, que tienen un pie solo, de una pata muy grande con que se hacen sombra y las orejas les sirven de fresadas, que tienen la cabeza en el pecho; y esto dejaron declarado los antiguos maestros nuestros antepasados, al tiempo que vinieron a poblar estas tierras; y esto es lo que entendemos y no otra cosa de lo que preguntáis, señor. Replicó Moctezuma y dijo: grandes sabios han sido los naturales de Cuitlahuac, vayan a llamarlos para informarme de ellos y saber lo que tanto deseo, y a los de Mizquic. Venidos ante él, les hizo las preguntas que a los de los otros pueblos. Die-

ron en respuesta que los antiguos viejos predestinaron como sabios que eran, que había de volver Quetzalcoatl en otra figura, y los hijos que había de traer habían de ser muy diferentes de nosotros, más fuertes y valientes, de otros trajes y vestidos, y que hablarán muy cerrado, que no los habremos de entender, los cuales han de venir a regir y gobernar esta tierra que es suya de tiempo inmemorial, y éstos han de venir a abrir sus haciendas de entre todas las sierras, montes, ríos, y que jamás se irán, que harán asiento perpetuamente; y esto dejaron declarado los antiguos.